

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



—Pues el mar viene a ser algo como ésto, sólo que mayor.

Dib. GARRIDO.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A. Apartado 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

LOS FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

LEYER y COMP. A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de junio

SEGUNDA SERIE DE SOLUCIONES RECIBIDAS

José López.—Madrid.—Un retrato de una señorita.

V. Solsona.—Madrid.—El retrato de una dama.

Pedro Folch.—Barcelona.—El retrato del marido con una señorita.

P. Sastre.—Madrid.—La caricatura de ella.

"Piruli".—Valencia.—Una carta dirigida a Pili.

Una lectora.—Valencia.—Una fotografía de una señorita.

Lorenzo Holgado.—Barcelona.—El retrato de una señora con un niño.

Emilio Bover y Bar.—Barcelona.

Y aquí tiene el gran "Sama"
al pobre de don Canuto
sudando, viendo su mujer,
y en la actitud en que está,
sólo porque ha visto en la mesa
la punta del cigarrillo.

María Beracieto.—Pamplona.—La fotografía de su suegra.

Diego Hurtado.—Barcelona.—Un paquete que contiene jabón y estropajo para
que se lave la cara.

Adelaida Gutiérrez.—León.—Una carta.

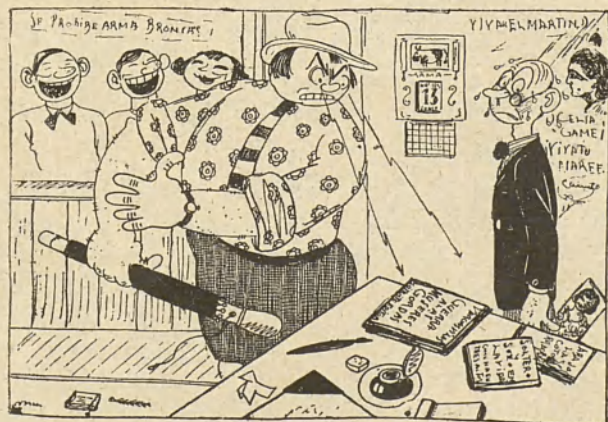
Francisco Doménech Ferrando.—Salou.—Un libro titulado: "El arte de perfo-
rar corazones femeninos".

León Cembrano.—Madrid.

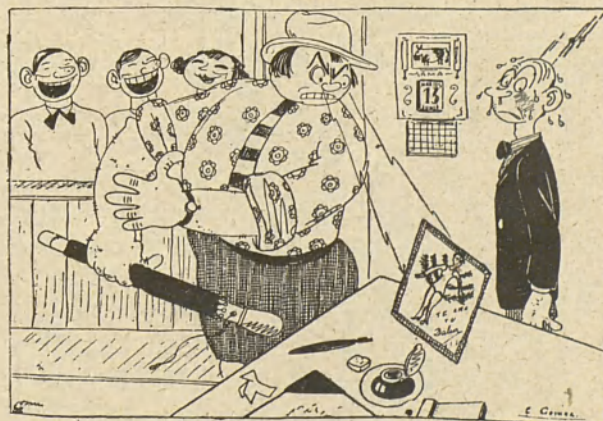
Sin duda ha visto el retrato
que su esposo a Luz dedica;
don Lesmes suda un buen rato
y, ante el temor, no replica.

José L. Ojeda.—Málaga.—Una carta.

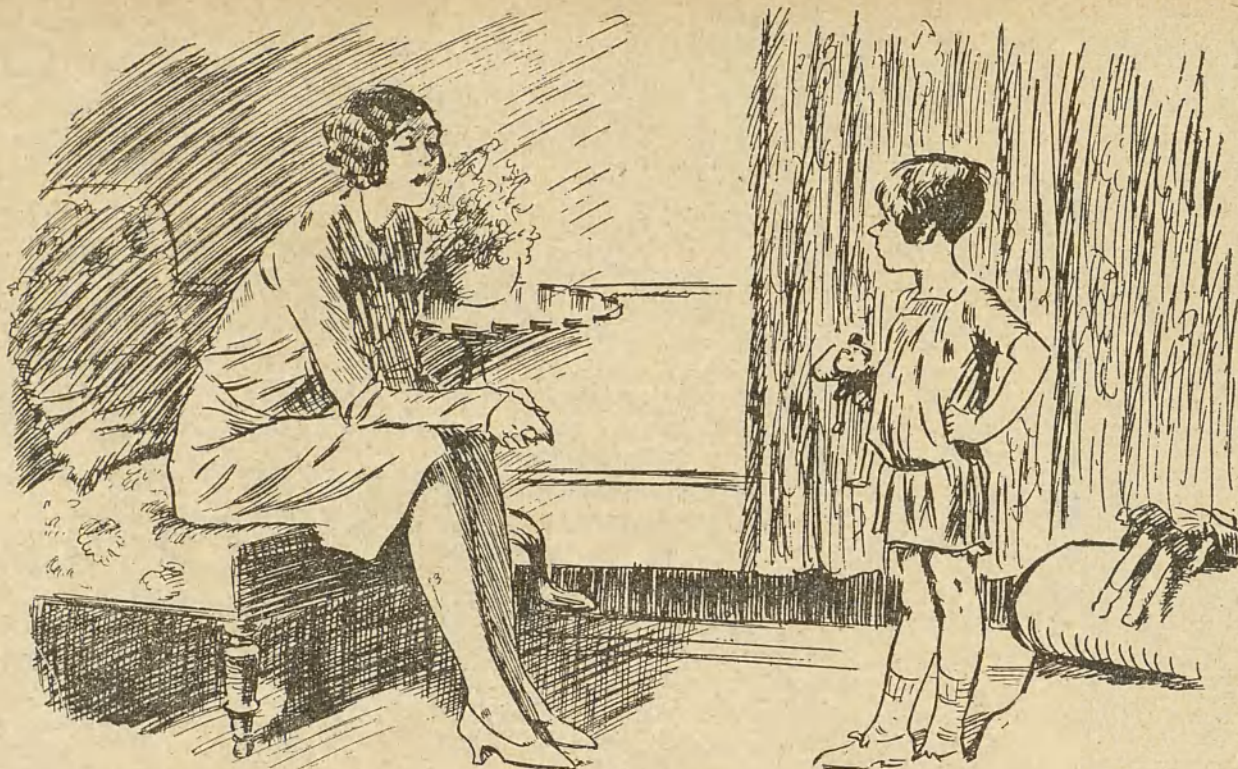
Antonio Corbina.—Las Arenas.—Su retrato, dibujado por el mismo marido.



Manuel Manzano Fernández.—Cádiz.



Enrique Gómez.—Cáceres.



La madre.—¿Qué dijo tu papá cuando vió la pipa rota?

El niño.—¿Quieres que suprima las palabras feas?

La madre.—Sí, querido.

El niño.—Entonces, no dijo nada.

(De The Passing Show.)

INDISCUTIBLEMENTE

el perfume

más distinguido

más varonil

más original

más moderno

Loción

PARA CABALLERO

Varon Dandy

Perfumeria Parera

BADALONA

UNA PALABRA IMPRUDENTE

Mi amigo Isauro Galván era uno de esos caballeros educados, cultos y circunspectos que ya no podemos admirar más que en las representaciones de nuestro teatro clásico o en las salas de momias de los museos románticos; por ello me extrañó mucho el que, a consecuencia de ciertas arbitrariedades cometidas con motivo de un desafío, fuese arrojado del Círculo y, más tarde, descalificado por el fallo de un tribunal de honor.

¿Qué era lo ocurrido para que recayese tal mancha sobre el escudo de uno de los hombres más correctos del mundo? Durante bastante tiempo di vueltas a mi imaginación en busca de una respuesta lógica, de un "algo" que me diera la clave de todo aquello; pero no logré nada hasta una tarde—cuando ya el transcurso de los años me había hecho sepultar en el hoyo del olvido la torturante incógnita de la decalificación de don Isauro—en que éste me abrió su pecho y me contó la siguiente historia:

—Sabe usted, querido señor, que lo soy todo menos un hombre belicoso. Cuando me hablan de política asiento siempre a las manifestaciones de mi interlocutor; acepto toda clase de bromas y nunca he armado bronca con nadie. Pero eso no es obstáculo para que el día en que Arsenio Garcés me dijo que acababa de verme caracterizado de mula en la Exposición de Ganados, extrajese de mi cartera una modesta tarjeta de visita y se la entregase con gesto decisivo.

Al día siguiente recibí a sus padrinos, unos señores serios y prudentes que tenían un aspecto extraño, mezcla de caballeros de la época de Larra y de representantes de fábricas de ensaimadas. Pronto nos fué posible llegar a un acuerdo acerca de las condiciones en que el lance debería verificarse. Como a persona ofendida se me concedió la

facultad de elegir las armas, y, luego de pensarlo extraordinariamente, me decidí por el mortero Krupp de 0'42, cuyas excelencias se ponderaron tanto durante la pasada guerra europea. Después, ante la imposibilidad de proporcionárnoslos, accedí a canjearlos por dos simples ametralladoras. En cuanto a la hora y el sitio, quedaron convenidos las diez de la mañana y el escenario de un teatro que por aquel entonces estaba muy de moda para esos menesteres.

Llegó el día del duelo, y, como es natural, me lancé de la cama con bastante anticipación. Mientras me afeitaba redacté el testamento, por el que legaba todas mis deudas a una comunidad de religiosos de Shanghai, y, acto seguido, me trasladé en un "ta-

xis" hasta lo que pudiéramos llamar el sitio de "autos".

Ya estaba allí mi contrincante, y poco después lo hicieron los padrinos, quienes, velando por que no se les escapara el más pequeño detalle, venían de encargar un entierro de segunda clase.

Cuando llegó el instante señalado para dar principio al encuentro tuve la suficiente serenidad para invitar a mi rival a que retirase sus palabras; pero él, lejos de complacerme, se limitó a mascullar una amenaza en esperanto. No había que esperar más. Un minuto después nos sentamos en la desembocadura del escenario, junto a nuestras respectivas ametralladoras, y como es uso corriente en estos casos, nos subimos el cuello de la americana.

El juez de campo, luego de advertir que no diéramos principio al encuentro hasta oír la voz de "¡fuégo!", comenzó a liar un pitillo y se marchó hacia el palco desde donde se disponía a presenciar el lance.

Apenas había entrado en él cuando disparé contra mi rival y vi cómo se ladeaba todo lo largo que era para caer al fin de su asiento.

Entonces fué cuando se me descalificó por haber disparado antes de que se diese la señal convenida, descalificación de la que protesto, y de la que yo no fui culpable.

Porque si es verdad que lo hice antes de tiempo, también lo es que el juez de campo cometió una imprudencia terrible: la de pedir una cerilla a un compañero con esta frase, que yo percibí entonces claramente: "fuego".

En vista de lo cual, Arsenio Garcés emprendió el viaje de ida hacia las mansiones celestiales.



Dib. SILENO.—Madrid.

MANUEL LAZARO

Notas necrológicas de "Buen Humor"

Víctima de un fuerte trancazo ha fallecido en una modesta cama de doce duros y medio nuestro apreciado ex suscriptor D. Sindulfo Calamocano.

Los médicos confiaron hasta última hora en salvarle, pues aunque el trancazo se lo atizó un guardia de seguridad, y aunque los golpes mortales de seguridad son peores que los mortales de necesidad, la naturaleza fortísima del paciente no hacía esperar un desenlace tan poco divertido como el que ha tenido lugar.

Deseamos a su familia la resignación necesaria para sobrellevar el rudo golpe recibido.

El rudo golpe recibido por don Sindulfo en las costillas, queremos decir. Y ya está dicho.

El pasado jueves fué encontrado muerto, sobre los rieles del tranvía de la Prosperidad, el elocuente y en tiempos encarnizado upetista Pedro Gómez de Pérez-Sánchez. Descartada la hipótesis de un atropello, ya que el fiambre no presentaba más señales violentas que un antiguo arañazo de su aun más antigua esposa, se ha llegado a determinar, por la autopsia, la causa de su muerte.

Se trata de un suicida que pensó perecer debajo de las ruedas del tranvía, pero escogió por su mal la línea de la Prosperidad y, antes de que llegase el primer coche, falleció de hambre y frío, a pesar del calor que está haciendo.

Y cuando llegó el tranvía, ya era tarde.

Por supuesto, como siempre que llega el tranvía, suponiendo que llegue alguna vez, que alguna vez ni eso.

Recientemente ha sido ejecutado en París un humilde reo de muerte, cuyo mérito, para concluir en la guillotina, no consistió más que hacer con su media naranja una especie de refresco imposible de identificar de ninguna manera.

La prensa parisiense ha comentado la ejecución con cierto interés, por tratarse de un criminal de espléndido aspecto, de imponente figura y de clásica belleza masculina. Su estatura, al decir de los reporteros, era gigantesca, pero el conjunto del individuo resultaba armonioso y magnífico. Un periódico, *Le Gaulois*, ha llegado a decir lo siguiente:

"Al aparecer en el patíbulo las figuras del reo y el verdugo, se produjo un movimiento de admiración ante la formidable estatura del condenado. Podemos asegurar que éste le llevaba al verdugo la cabeza."

Por desgracia, nosotros suponemos que a los dos minutos el verdugo demostraría cumplidamente que el reo, en efecto, le llevaba la cabeza, pero era para que hiciese con ella lo que le diera la gana.

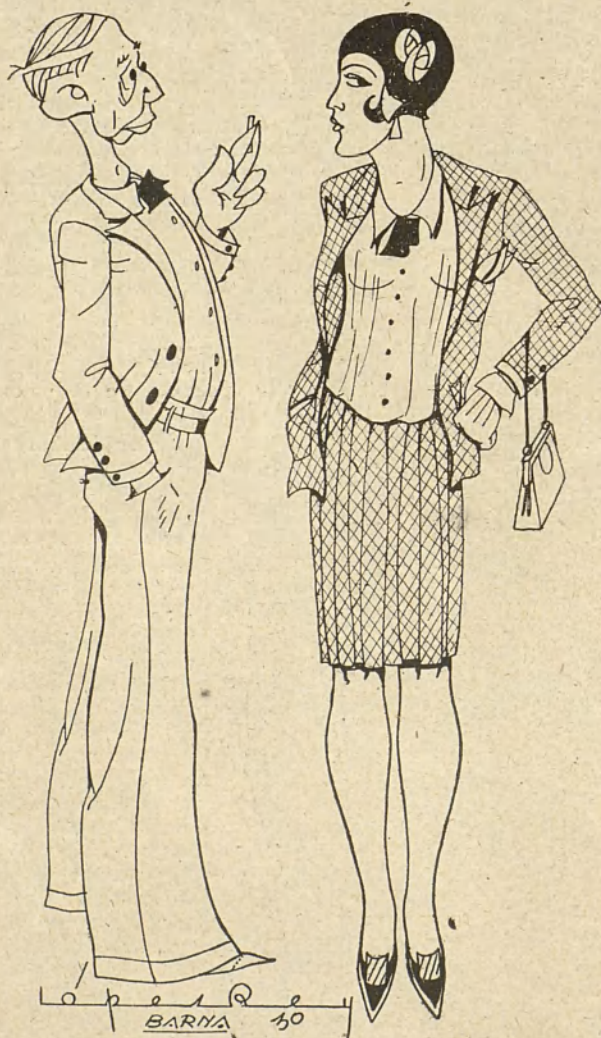
Y como nos consta que lo hizo, no tenemos una palabra que añadir, y aquí terminamos, haciendo votos porque a nosotros no nos suceda nunca una cosa parecida.

Que no lo tememos, porque, afortunadamente, somos ya lo bastante ancianos y experimentados para perder la cabeza por una mujer.

Acaba de fallecer en Buenos Aires un distinguido sastre, dueño de un establecimiento que se titula *El corte inglés*, del espantoso disgusto que le venía causando el que no le pagasen los trajes ni la vigésima parte de sus parroquianos.

Con lo cual, queda fúnebremente demostrado que si el corte era inglés, el sastre era veinte veces más inglés que el corte.

¡Qué lástima que haya vivido tan lejos, con lo a gusto que nosotros nos hu-



El.—¿Y te atreves a mirarme cara a cara?

Ella.—¡A todo se acostumbra una!

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.

biéramos hecho clientes suyos, sin vacilación de ninguna clase!

En Budapest ha hincado el pico cristianamente el cajero de una de las más formidables casas de banca de la capital, y no digo del capital porque esto ya sería mentira.

Su fallecimiento ha ofrecido la curiosa novedad de que, al enterrar al pobre infeliz, no se le ha enterrado con ataúd, sino a cuerpo limpio.

Y esta medida está fundamentada en una antigua petición de los cajeros de Budapest, que estimaron que era un abuso el que, después de muertos, se les siguiese teniendo metidos en la caja y sin pagarles el sueldo, que era lo más ofensivo de todo, y promovieron una huelga para conseguir esta importante mejora.

En Barcelona, y el aciago martes último, ha entregado su alma a Dios, y ha dado patéticamente el último adiós a todo dios, el ilustre doctor Ceferino Forcadell y Fenoll, descubridor del microbio de los callos y de la curación del estornudo por las corrientes eléctricas.

Era muy apreciado en la ciudad condal, en la cual había curado a bastantes enfermos y viceversa.

Con motivo de su enfermedad, habían mejorado mucho sus actuales clientes, no obstante verse privados de sus visitas, pero de todas maneras su muerte ha sido muy sentida.

Las agencias funerarias calculan que con la desaparición del doctor Forcadell y Fenoll pierden anualmente dos millones de pesetas enfermas en sus ingresos.

Acompañamos a las agencias en su legítimo dolor.

Otro eminentísimo hombre de ciencia ha pagado también su tributo a la repugnante Muerte en esta trágica semana.

Se trata del insigne geógrafo y meteorólogo Deogracias Domingo de Mingo, fallecido anteayer en Alcobendas, donde estaba empezando a veranear. De este egregio señor era el atrevido proyecto de instalar la calefacción en el Polo Norte, y después descubrirlo, ya que estaba plenamente convencido de que resulta imposible descubrirlo antes, mientras haga allí el frío que hace, en tanto que después sería cosa de un momento.

¡Descanse en paz!

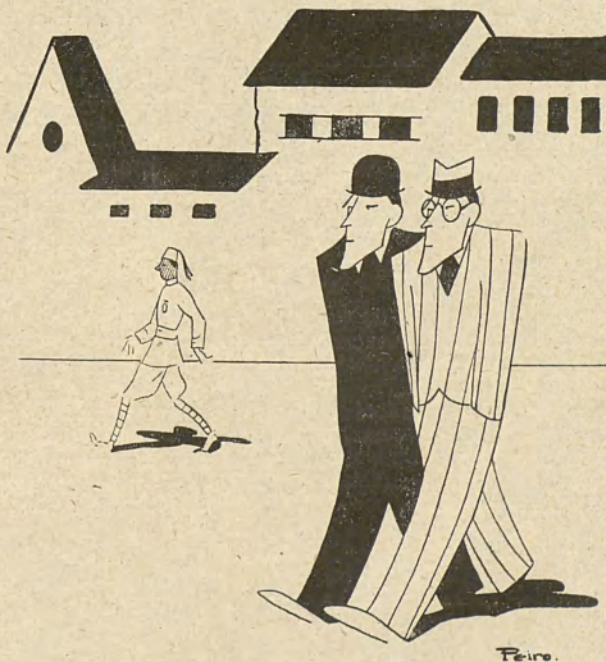
Aunque suponemos que cuando se quedaría descansado es cuando pensó la genialidad que hemos tenido el honor de mencionar.

ERNESTO POLO



—¡Qué poca formalidad tiene la gente! Ayer tomo una localidad de tendido para los toros, y tuve que estar sentado toda la tarde.

Dib. VICENTE.—Madrid.



El de las gafas.—Aquel negro fué quien se ganó la laureada en una carga al arma blanca en Zeluán.

El de luto.—No sabía nada.

El de las gafas.—¿Es posible que no hayas oído hablar del "negro del "arma" blanca"?

Dib. PEIRÓ.—Madrid.

De la "rue" de Calatrava al Muncheta-Palace, de Barcelona

Contrato sainetesco en dos cuadros

PERSONAJES

La seña Eufemia.

Esmeraldina (hija de la anterior y de no sabemos quién más, porque no somos curiosos).

Pepe Porrón (agente de variétés y embalsamador de tigres, mochuelos, lepóridos y otras aves canoras).

El multimillonario (joven de la mejor sociedad barcelonesa).

El moso.

CUADRO PRIMERO

La escena representa un cuartito pobre, oscuro y húmedo, abohardillado, en la calle de Calatrava.

Al levantarse el telón, la Esmeraldina, que se nos olvidó decir que era *chanteuse*, *danseuse* y un poco *golfeuse*, hace facultades, subiendo y bajando con la mano diestra una plancha de vapor rellena de grava. En la siniestra, *empuña* un bocadillo *elabora* a brazo por ella con dos colas de bacalao, manteca y medio *ceneque*.

La seña Eufemia sopla furiosamente un anafre lleno de tizos con objeto de dar la sensación de que hay *chubeski*.

El señor Porrón entra, y sin descubrirse (es comodidad) saluda.

PORRÓN. Muy buenas, Esmeraldina y la compañía.

MADRE. Muy buenas.

ESMERAL. ¡Hola, señor de Porrón!

PORRÓN. ¿Se ensaya una danza nueva?

MADRE. Ná de eso. La niña hace esa *ginasia* de Suecia *pa* ver si con el trajín *desenrolla la espetera*, porque es talmente una tabla de lavar.

PORRÓN. ¿Y la merienda que se abrocha?

MADRE. Cae por dentro

Quió decir que se alimenta además de *pa* nutrirse, *pa* ver si se redondea, porque es que esta *condená* tan solamente la *engruesan*, los *juanetes* que son tibios y un poco las *choquezuelas*; y si vamos en el tren, pues los viajeros se quejan de los bultos.

ESMERAL. (Que ha injerido ya el bocadillo y le ha tirado un *taire al botijo*.)

¡Bueno, madre!

Deje *usté* ya en paz la lengua, que si estoy gorda o *delgá* a Porrón no le interesa.

(Dirigiéndose a Porrón.)

Y *usté*, *ensílese* si puede.

MADRE. (Ap.)

Que es posible que no pueda. (Porrón va a sentarse en una silla.)

ESMERAL. ¡Cuidao! Que está resentida. (Porrón va a coger otra silla.)

No vaya a sentarse en esa.

PORRÓN. ¿También resentida?

ESMERAL. Sí.

(Porrón elige una tercera silla.)

Y esa lo mismo.

PORRÓN. ¡Mi abuela!

Pues podían darles una *satisfacción*.

(Dirigiéndose a la única silla que queda.)

¡A ver si ésta!...

MADRE. Qué mala pata *tie* *usté*; está coja.

PORRÓN. ¡Anda la *vértiga*!

¿De quién es la mala pata?

¿De la silla o mía?

MADRE. De ella

y de *usté*.

PORRÓN. A otra cosa.

Yo venía a proponerlas...

MADRE. Un contrato, de seguro.

PORRÓN. Le ha *dao* *usté* en la propia uno *superferolítico*. [yema;

Como que son cien pesetas.

MADRE. ¿Diarias *toos* los días?

PORRÓN. Casi igual, *toas* las decenas

MADRE. Y eso ¿cuánto viene a ser cada día?

PORRÓN. Pues en *pelas*,

diez, y en *mosquitos*

o duros, una pareja.

ESMERAL. Vamos, ¿que nos dan dos du-

PORRÓN. Cabal. [ros?

ESMERAL. Y ¿hemos de estar fuera mucho tiempo?

PORRÓN. Pues diez días;

por eso, según mi cuenta,

va *usté* a ganar veinte duros,

que no es ninguna *tontera*.

MADRE. ¿Cien *beas* *pa* dos *presonas*

como están las *susistencias*?

¡Amos que *usté* está *perlático*.

Pire y baile...

PORRÓN.

Seña Eufemia;

de pronto son veinte *moscos*, pero el viaje es de la empresa. A más, que el *Muncheta Palas* es un salón de primera *ande* van unos señores que suelen pagar la cena, y luego de agradecidos dan alguna propineja, *pa* que la chica se compre un par de medias de seda.

MADRE. Y ¿convidan a las madres?

PORRÓN. Y a toda la parentela.

Conque, si *ustés* no son lilas, *puen* guardar, según mi cuenta, de las diez pesetas, doce.

¿Hace?

MADRE. Pare la carreta.

Yo he oído *de* decir que en casi *toos* los *Munchetas Palaces* de Barcelona, hay unos *pollos* *Rebeca* que hacen herejías con las madres de las estrellas; y las dan el amoníaco y luego por las afueras se llevan a las muchachas, las ponen el traje de Eva y cuando están *descuidás* las mandan a la cuneta y hasta otra.

PORRÓN. No es por ahí, porque eso ya no se lleva.

Ahora atontan a las madres con billetes de cincuenta y algunas veces de cien.

MADRE. Niña, saca la maleta y en menos que canta un gallo prepara la impedimenta.

ESMERAL. ¿Qué llevo?

MADRE. *Toos* los vestidos que te has hecho *pa* la escena.

ESMERAL. Si sólo tengo el celeste con la chaquetilla *clema* y la madroñera roja y los zapatos canela.

MADRE. Pues ese y mi pelerina.

ESMERAL. Y ¿ropa blanca?

MADRE. La puesta; que aun no hace una semana que hicimos muda completa,

y pa diez cochinos días
que nos vamos a estar fuera
me parece, desde luego,
que no merece la pena
cambiar la ropa interior.

(A Porrón.)

Porque aquí, no *semos* de esas
guarras, que *tién* que mudarse
a diario; aquí hay limpieza.

PORRÓN. Como que no hay más que
[olerlo.

(Disponiéndose a marchar.)

Conque hacia las ocho y media
caen *ustés* por la estación;
ya tendré allí dos terceras
preparaos y el adelanto.

¡Adiós!

(Vase.)

MADRE. (A su hija.)

Tú, no te entretengas,
que sólo faltan seis horas
y el tiempo corre que vuela.

CUADRO SEGUNDO

Estamos en el Muncheta-Palace, de
Barcelona. Son las tres de la mañana
(pero no viene clareando el día, aunque
lo diga la copla). En el salón hay *cuple-
teras*, *tangueras* y pollos de "varios se-
xos". También se ve alguna que otra
madre de artista. Han pasado tres meses.
La *señá* Eufemia está desconocida. Se
toca con un *güito* adornado con un peri-
quito disecado y orla su busto con unas
pieles de *nutria de canalón* que la dan
un aspecto de orangután de Guinea. La
Esmeraldina también ha sufrido un cam-
bio más radical que Alcalá Zamora. Luce
un traje verde Nilo, con aplicaciones de
plata, que le llega escosamente a la ro-
dilla y unas ojerás que le llegan a
los zapatos. Junto a la Esmeraldina un
pollo frambuesa chuperretea un cigarrillo
egipcio.

Llega el mozo a la mesa inmediata con
un cubo que contiene, rodeadas de hielo,
dos botellas: una de champagne de la
marca que ustedes quieran y otra de un
agua mineromedicinal gaseosa. Ponien-
do mitad y mitad en los vasos dura más
el champagne, procedimiento adoptado
por algunos *poquimillonarios* para eco-
nomizar.

Los hay que añaden a la mezcla *hidro-
champagnesca* dos gaseosas de bolita y
entonces dura la bebida más que un pan-
talón de pana metido en un baúl con al-
canfor (1).

EL MULT. (Llamando al mozo.)

Christófano, veni acá.

MOZO. Digui, ¿qui vol qui ti porti?

EL MULT. Parla castellá si vulgui.

MADRE. Y aunque no vulgui, ¡demon-

EL MULT. ¿Qué quieres, nena? [tre!

ESMERAL. No sé.
Yo me tomaría un ponche,
porque estoy *inapestante*.

MADRE. Anda niña y que te monden;
tómame un *teorino* ahora,
date luego unos valsones,
y con *vermú* y ejercicio
ya verás lo bien que comes.

EL MULT. La mamá tiene razón.

(A la madre.)

Usted, desde luego, tome
lo que quiera.

MADRE. (Aparte.)

Ahora verás.

(Alto al mozo.)

Mira, Cristóbal, me pones
una del plato del día.

MOZO. Hoy hay tres platos.

MADRE. Entonces
una de cada, ¿comprendes?

MOZO. Comprendido, tres raciones.

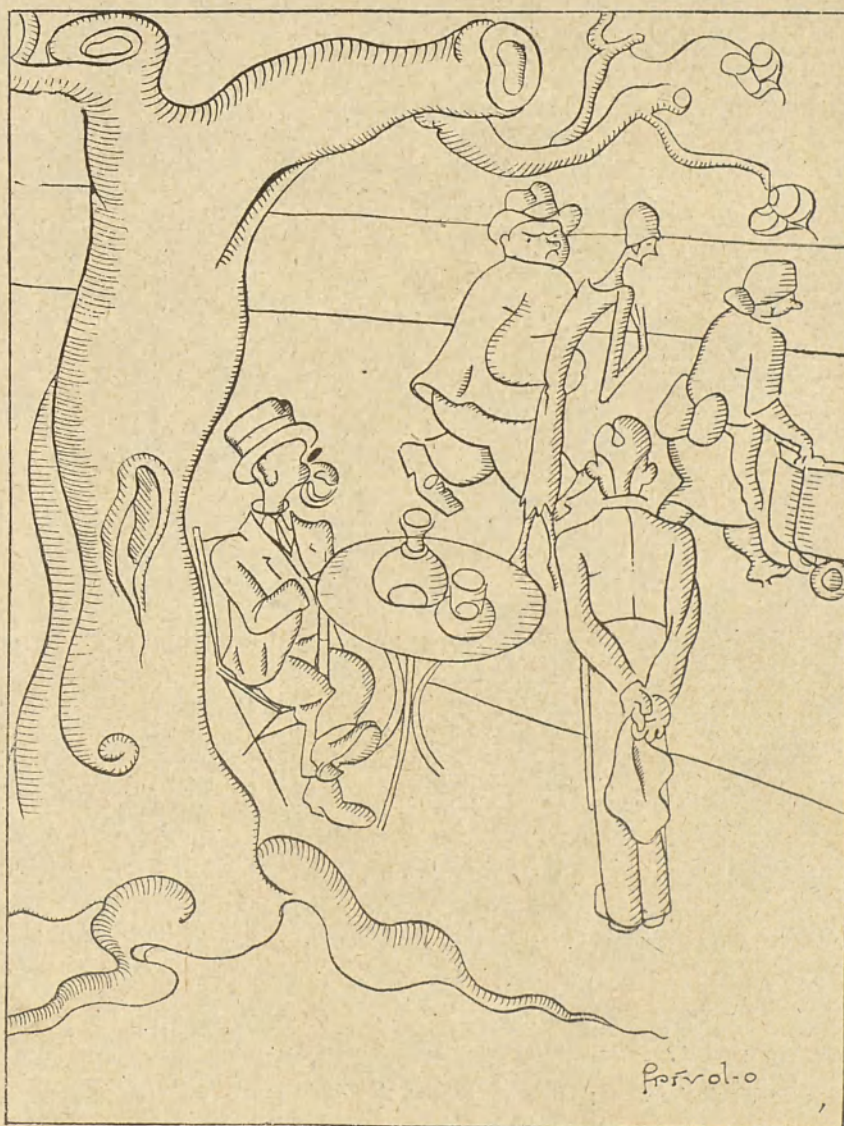
MADRE. Una de carne a la plancha,
un par de ellas de *rabioles*,
una de arroz con *minúsculos*...

MOZO. (Rectificando.)

Moluscos.

MADRE. Es igual, hombre;
conejo a la cazadora
y si os ha quedado del pote
de ayer...

MOZO. Espere un momento,
que se me ha acabado el bloque
de tomar notas. Prosiga.



—¡Qué barbaridad, qué mujer! ¡Parece una angula pintada por el Greco!

Dib. FRÍVOLO.—Zaragoza.

(1) Observaciones de los autores.

MADRE. Y luego me traes *pa* postre un *biscuít chipé*, pasteles, plátanos y unos fresones.

MOZO. Pondré de bicarbonato al menos un par de botes.

MADRE. *Cuchufleáte* de tu padre y trae lo pedido, corre. ¡Ah!, y un montón de palillos muy poco *usaos*.

MOZO. (Iniciando el mutis.)
A la orden.

MADRE. Que en casa se han *terminao*.

MOZO. La traeré una ración doble.
(Durante este tiempo y mientras los argentinos de tanta maduran a la concurrencia con un tango del país, Esmeraldina y el multimillonario han conversado de sus

cosas; oiganos el final de su diálogo.)

EL MULT. ¿Conque es cosa decidida?

ESMERAL. ¿Te vas mañana a la corte?

EL MULT. Sí, porque ha escrito papá que está tan solito el pobre...

ESMERAL. Pues yo me voy con vosotras.

EL MULT. Y como yo soy muy noble, te advierto que en los *Madriles* me verás muy poco, y conste que sin que papá lo sepa me escaparé alguna noche para ir a verte al hotel, pues si él siquiera supone lo que tú has hecho conmigo te cortaría el gañote.

(Aparte.)
Esta hija es una perla.
¡Si su padrastro la oye! se la come a besos

ESMERAL. ¿Vamos?

MADRE. ¡Es que tomamos ya el tole?

EL MULT. Son las cuatro.

MADRE. Pues *alivien*.
(Aparte.)
En Madrid este *gacholi* se queda sin entretelas; eso está *escupido* en bronce.
(La madre, que lleva el cabás con el completo echado, ve al pasar por delante de una mesa un trozo de sobre-asada. La trinca y la mete en el saco, diciendo:)
¡Abandoná de mis padres, la caridad me recoge!

ASENJO Y TORRES DEL ALAMO



El.—¿Tu edad? Pues mira: la cara la tienes de una chica de dieciocho años; el talle, de una de dieciséis, y el cutis, de una de catorce... Total: cuarenta y ocho años.

Dib. CARBONERAS.—Madrid.



—Niño, ¿qué haces ahí?

—Nada, buscando mi cometa, que el aire me ha enganchado aquí.

—¡Pero si hace tres semanas que ocurrió eso!

—Sí; pero es que todavía no estaban maduras.

Dib. RABÁ.—Madrid.

DE UN PUEBLERINO

Ayer, en el campo,
perdida en un surco,
se hallaba esta carta,
que hoy copio con gusto.

"Querida Ramona:
Sin daño ninguno
llegué a los Madriles
con frío y con Lucio.
Celebro que vengas
con Paz, la del Churro,
mañana en el mixto;
mas ten por seguro
que aun cuando te digan
que aquí no hay Consumos,
llegando a las puertas
te miran los bultos
por mor de las carnes,
pues pagan tributo
las patas, los bofes,
el lomo en buen uso,
la lengua de cerdo,
los hígados crudos

y todo embuchado
de vaca o de burro.
Y como no quiero
que pases apuros
(pues yo a mi llegada,
¡pedazo de bruto!,
por tres longanizas
he dado seis *chuchos*)
llegando a los *pinchos*,
encuentro muy justo
que metas de ocultos,
con gran disimulo,
de nuestros encargos
los más oportunos:
los bofes *pa* Lucas,
el lomo *pa* Frutos,
la oreja *pa* Jorge
y el rabo *pa* el Rubio;
y si te quisieras
formar bajo el burdo
gabán que te hicieron
por ferias en Burgos

un bulto delante
con trapos muy juntos,
podías meterte
la lengua en el... bulto.
¡Así estamos, hija!
¡Y el bestia de Curro
juraba que ahora
no había Consumos!...
En fin, te lo aviso,
Ramona, y con gusto
veré cómo pasas tus carnes.
veré cómo pasas
tus carnes. A Julio
y a Carmen, dos besos;
al cura... ¡ninguno!,
y a ti no te olvida
tu fiel

Sisebuto."

Por la copia,
JUAN PEREZ ZUNIGA



—¿Y cómo robó usted las ropas y no tocó el dinero?
—¿Usted también, señor juez? ¡Pues pocas cosas
que me ha dicho mi mujer por lo mismo!

Dib. KAR.—Valencia.



El camarero.—Caballero; haga usted el favor. Lleva
usted ya dos horas hablando y hay muchos señores es-
perando.

El pollito.—Pues que se sienten, porque estoy pidién-
do dinero a papá para poder pagarle a usted la cuenta.

Dib. CUESTA.—París.

CONSULTA MÉDICA

Hace un mes tuve el gusto de ir a visitar a un eminente doctor alienista, para que me hiciera un detenido reconocimiento mental y me diagnosticara sin engaños ni tapujos lo que viera en mí de anormal y de extraño. El sabio psiquiatra me sometió a tres o cuatro pruebas, y, terminado su trabajo, se expresó en esta sincera forma:

—No veo en su cerebro absolutamente nada que acuse el más mínimo desequilibrio cerebral. Rige perfectamente y por ello le felicito.

—Pues usted dirá lo que quiera, amable discípulo de Esculapio; pero cada día me encuentro más mochales —y permítame el vocablo chulón— que el grotesco marrano de un “carrousel” verbenero.

—Aprensiones.

—¿Cómo aprensiones?

—No diré yo que no sufra un levísima estado neurasténico; pero otra cosa, ni pensarlo. Yo le garantizo que está usted más cuerdo que el director de un manicomio, que a veces,

por contagio, puede estar un poco perturbado.

—Yo le agradezco a usted enormemente esa tranquilidad que infunde a todo mi ser; pero si es usted tan amable que me escucha breves instantes, yo se lo agradeceré infinito.

—Con mil amores.

—Pues bien, querido doctor. Hace varias noches asistí a un coliseo para presenciar una comedia que se titulaba: “Desde que te conocí, hace catorce noches, mi corazón es el eruptivo cráter de un conocido volcán napolitano...”, y no entendí ni una palabra de lo que en la susodicha comedia se decía. El asunto desenvolvíase entre gente aristócrata y en el “hall” espacioso y severo de un magnífico hotel propiedad del marqués de la Oscura Enramada. En la duodécima escena del primer acto, el marqués y Tonito, un pollo fruta variada, conversaban de esta manera inverosímil:

—Sí, señor marqués. Pichirichi es

una desequilibrada “enragé”, que sale a su rancio abuelo, el duque de Picos Pardos, y a su sepultada abuelita, que antes de unirse en santo lazo al señor duque, anduvo de volatinera por aldeas y villorrios en compañía de su padre, que fué un estúpido payaso.

—Pero ¿qué dices, Tonito? ¿Mi bondadosa madre una errabunda funámbula? ¡Haz el favor de contentarte, por los tornillos del sacrosanto madero!

—A usted le molestará lo que digo de sus progenitores y de su vástaga; pero es una verdad tan grande como la torta que me arreó ayer en el colmao del “Bonifa”, Justiniano el “Garlopa”. Pichirichi, su hija de usted, es una pobre demente.

—¿Mi adorada hija?

—Sí, señor. Y un calco, como ya tuve el gusto de apuntárselo hace un momento, de su aristócrata papá, que seguramente fué un camello.

—¡Tonito, cuidado con el tonito!

—Pichirichi es un caso de atavismo sin precedencia en la historia; su hija de usted es otro camello similar a su abuelo, que haría un estupendísimo papel caminando por los polvorientos arenales del achicharrado Sahara.

—La culpa la tienes tú por pedir relaciones a un caballo normando.

—Ahora está usted hablando como un libro de Alvarito Retana, que es el único literato que conozco; pero nunca es tarde si lleva uno el reloj atrasadísimo. Mañana a ese rinoceronte asiático le pego yo la patá como me apellido Hermoso Moreno.

—Pero vente a razones, hijito de mi alma. ¿Tú no tienes fuerza moral para domeñar el carácter virgen, algo salvaje, no lo dudo, pero al fin y al cabo virgen, de mi adorado retoño.

—Pero ¿qué sandeces está usted diciendo, mi nunca bastante ponderado marqués? De fuerzas no me pida usted ni un adarme. ¿Cómo voy a tener fuerzas para hacerme con esa mula de colleras, si al primer vocablo que se la dirige le suelta a usted una coz que le hace harina Nestlé?

—Algo exageradillo estás en tus apreciaciones; pero, vamos, no diré mula, pero un jumento indómito si que lo es.

—Y como, por lo que veo, estamos los dos completamente acordes en lo que se refiere a ese rucho, vengo a decirle que la niña, sus títulos y los ochenta céntimos mal contados que les quedan de la herencia de sus ma-



—No he visto un carácter como el de mi hermano; sólo disfruta regañando.

—Entonces ¿por qué no se casa?

Dib. PILAR.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

yores, los pueden introducir en un arca con bolas de naftalina para que no se apolillen.

—¿Es ese tu ultimátum?

—Ese. Y a ver si tiene usted suerte y encuentra algún cretino que cargue con ese calabacín sin rellenar que lanzó al mundo hace dieciocho años su difunta cónyuge.

...

—Esta es, a grandes rasgos, bondadoso galeno, la escena de la comedia que presencié hace seis o siete días, escena que refleja las costumbres de la sociedad de principios del siglo que galopa.

—Así es, verdaderamente.

—Pues al otro día entré a tomar un pisolabis en un aristocrático café del centro de la villa y corte, y en la mesa de al lado escuché a unos jovencitos el sabrosísimo diálogo que voy a reproducir verbalmente.

—Calla, Chichúlez, que no abres la boca que no sueltes una burrada.

—Y tú, "so" imbécil, que un borrico de noria, a tu "lao", es Unamuno.

—¿Pero qué me vas a hablar a mí de los equipos Getafe-Cambroneras, que jugaron el domingo "pasao" en el Stadium métrico?

—Getafe es un chambón.

—El que es un verdadero asquito es el Cambroneras, porque recordarás que el Getafe hizo tres "goals" seguidos.

—Y el Cambroneras, ¿qué hizo?

—El "empadronao" en Calcuta.

—Pero, "so" ganso, ¿qué entiendes tú de balones?

—Entiendo de balones y de pelotas.

—Dirás de pelotillas, que no te quitas el dedo de la nariz ni "pa" sacar dinero; que los he visto gorras, pero tú eres una fábrica de la plaza Mayor...

Y así continuaron aquellos mozos imberbes, admirablemente trajeados y oliendo a niños de casas bien a diez kilómetros.

Y para desengrasar, un señor que llegó a la urbe del canalizado Manzanares el pasado jueves, sacó dos butacas para un teatrillo enclavado en los alrededores del héroe de la lata de petróleo y me invitó a ver una zarzuelita, y salí del coliseo que no me dirigí al domicilio del doctor Esquerdo porque era la una de la madrugada y el conocido alienista estaría roque.

En la susodicha tuve el gusto de escuchar unas 145 coplas todas irónicas, que dirigía un comediante a otro, y viceversa, y de esta bonita forma poética transcurrió la obra.

Uno.—El amor de esa mujer no me lo arrebató nadie, que por ella fui dos años corredor de impermeables.

Otro.—Yo hablo, con esa mujer desde el invierno "pasao"; como has "corrió" impermeables no te lo habías "calao".

Uno.—La Giralda está en Sevilla, el Támesis está en Londres, el Papamoscas en Burgos y mi reloj en el Monte.

Otro.—Yo también tengo en el monte una cosa que idolatro: la chica de una guardesa, que la denominan Patro.

Y así sucesivamente. Y ahora, querido doctor, una pregunta: ¿Estoy loco?

—No, señor. Está usted cuerdisimo.

ENRIQUE GARCIA ALVAREZ



—Vamos a ver, ¿en qué lugar se dan las mejores sardinas?

—En casa del "tío Miricas"; ahí, en la tienda de al lao...

Dib. CASERO.—Madrid.

Ventanilla de cuentos corrientes

Portifax, el explorador sueco

O

Diez días entre los «hipotecas»

LOS VIAJES DE PORTIFAX.

La primera vez que el explorador sueco Portifax fué al Africa Central (vía Coruña) tenía veintinueve años.

La segunda vez tenía veintidós años (porque acababa de cumplir cuarenta y se quitaba veintiocho).

Y la tercera vez que fué al Africa Central, Portifax tenía un reuma terrible, fijado aquí, en esta parte del hombro.

A QUÉ VIENE ESTO.

En realidad, Portifax era alemán, pero se hacía el sueco. He aquí su única originalidad.

Porque ha llegado la hora de decirlo: la historia del explorador Portifax es completamente vulgar. Si nosotros nos decidimos a contarla hoy es porque nos apoyamos en la vieja máxima de que lo vulgar es lo verosímil y también por aquello que dijo Virgilio de que *cualum dicere debent cuius ganem imperator ferem* (1).

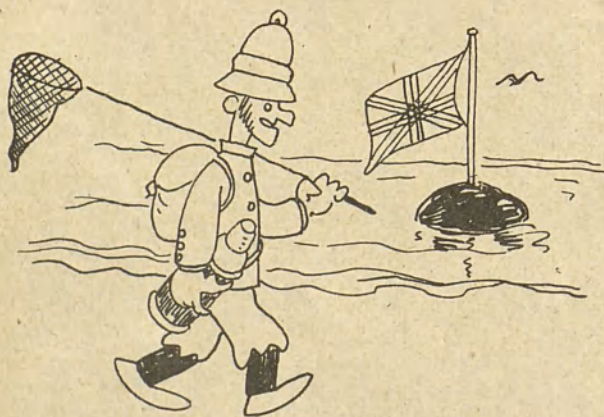
Y después de estos antecedentes, a ver si hay manera de que empecemos a contar la historia de Portifax.

PREGUNTA A LOS LECTORES.

¿Vosotros no habéis ido nunca al Africa Central? ¿No? Entonces ¿cómo narices queréis daros cuenta de lo que puede ocurrir allí?

Es absolutamente preciso que los que aspiren a ser lectores empiecen a viajar y a conocer sitios, pues si no, corremos el riesgo los escritores de no poder poner la acción de nuestras historias más allá de Arganda.

Y ahora, por una sola vez, describiré el *escenario*. Quiero decir que os voy a explicar cómo es el Africa Central.



La primera vez que el explorador sueco Portifax...

(1) Traducción literal: *cada cual debe hacer lo que le dé la real gana*. (Los latinos, en lugar de "real", decían siempre "imperial".)



... como el jefe le obligó a bailar el charleston...

DESCRIPCION BREVE DEL AFRICA CENTRAL.

El Africa Central es un territorio parecido a la terraza del *Real Cinema*, pero sin bombillas.

De trecho en trecho hay palmeras; de vez en cuando hay pitas (lo mismo que en la terraza del *Real Cinema*) y aquí y allá se ven salvajes sentados (igual que en la terraza del *Real Cinema*) y en ocasiones se tropieza uno con algún avestruz (lo mismo, lo mismo...) y con algún hipopótamo (igual, igual...). Y, por fin, no es raro tampoco encontrarse con mujeres que llevan anillos colgando de las orejas y los rostros pintados de azul, rosa y rojo. (¿Se convencerán ustedes de que el Africa Central es igual que la terraza del *Real Cinema*?)

El sol se pone allí como en otros lados; se pone como ya vosotros sabéis que suele ponerse: se pone tontísimo. Y a ello contribuye lo orgulloso que está de su luz esplendorosa y el ver que los salvajes le adoran de rodillas, como a la *Argentinita*.

La atmósfera es cálida; las plantas, verdes; el cielo, azul; las nubes son unas tenues vedijas y los cocodrilos son unos bocazas.

Y ya que hemos descrito el Africa Central gracias a la pericia que nos caracteriza, reunámonos de nuevo con el explorador Portifax, para lo cual tendremos que correr un vals, pues nos lleva una buena delantera.

LO QUE INVENTÓ PORTIFAX.

En sus dos primeros viajes al Africa, le había ido bien a Portifax, pero no había encontrado ni salvajes, ni avestruces, ni hipopótamos, ni cocodrilos, ni mujeres con anillos colgan-

tes, ni siquiera nubes que pareciesen tenues vedijas. Así; como suena.

Portifax se estuvo dieciocho meses andando por la selva (denominada jungla por los idiotas) y no se topó con nada de eso ni por casualidad. Vió mariposas, ranas, mosquitos de cuarenta y seis especies, descubrió una vegetación espléndida como una deportista yanqui, observó el cielo azul, algunos riachuelos y un aeroplano que volaba a mil metros camino de Cabo Juby.

Y eso fué todo.

Cuando volvió a Cristianía, los periódicos le pidieron entrevistas, varios editores le rogaron que escribiese un libro, y todo el país en masa aguardó con ansia la historia de sus peripecias en el Africa.

Y Portifax, en la soledad de su despacho, se mordió las uñas y lloró lágrimas como balones de fútbol. ¿Era lícito contar la verdad? ¿Era lícito decir que en dieciocho meses él no había encontrado en el Africa nada de lo que contaban haber encontrado los demás exploradores del Mundo? Sí. Sin duda era lícito. Pero hacerlo significaba tanto como exponerse a que nadie creyese que había estado en el Africa.

Entonces Portifax hizo lo que hacen los hombres cuando una dama falta a una cita y los amigos le preguntan qué tal le fué con la dama: inventó lo que no había pasado.

Escribió un libro prodigioso, titulado *Diez días entre los "hipotecas"*, en donde narra con verdadera maestría normal, cómo esta tribu de feroces caníbales le había cogido prisionero, aprovechándose de un momento en que estaba distraído atándose un zapato; cómo había sido llevado a la presencia del jefe, un viejo autor de cuplés al que la tribu había elevado al trono al convencerse de que era el más cafre de todos; cómo el jefe le obligó a bailar un *charleston* en su presencia y cómo cuando acabó de bailar ordenó a sus cocineros que lo mataran, lo guisaran y se lo sirvieran, porque él cumplía el viejo consejo específico de "agítese antes de usarlo".

Luego la historia que Portifax se sacó de las meninges tomaba un tinte romántico. La hija del jefe de la tribu se enamoraba de él con una fuerza de 40 C. V. y diciéndole:

—Me tienes negra.

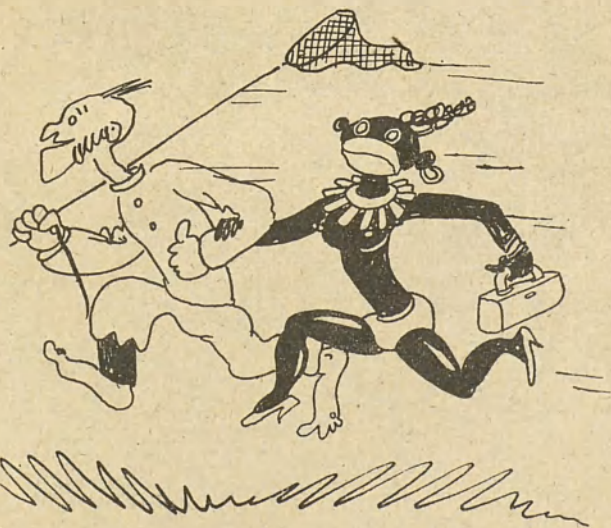
Lo cual era completamente exacto.

Y añadiendo después este piropo esquelético:

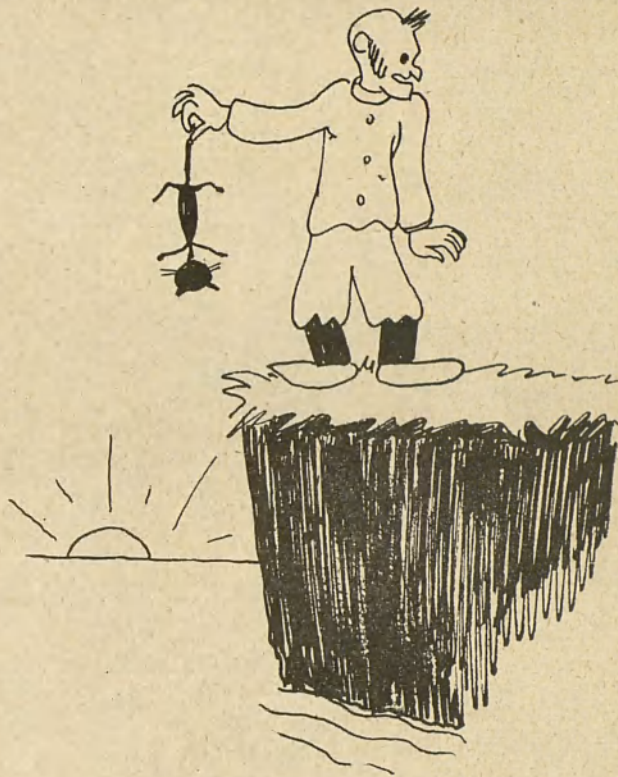
—Estoy por tus huesos.

En lo que demostraba un gusto opuesto al de su padre, que había probado estar por la carne.

El libro de Portifax concluía con la fuga del explorador



El libro de Portifax concluía con la fuga...



Era un gato, un gato negro...

y la hija del rey, capítulo maravilloso de donde son estas últimas frases:

LA HIJA DEL REY.—¡Ya tengo al blanco!

PORTIFAX.—¡Ya tengo la negra!

En fin: algo verdaderamente pocho.

LA GLORIA Y LA TRISTEZA.

Diez días entre los "hipotecas" tuvo tal éxito de venta que lo pidieron de América para hacer ediciones clandestinas, y los amigos de Portifax comenzaron a correr las voces de que no lo había escrito él.

Era la gloria.

Pero Portifax tenía una espina clavada en esa pieza encarnada e inclinada hacia el lado izquierdo que se denomina corazón, a saber: la conciencia de que cuanto había contado era mentira. Y la desesperación de que en dos viajes al Africa Central no había logrado ver ni una sola cosa de aquellas que tanto emocionaban a sus lectores.

Y entonces, reumático y todo, planeó el tercer viaje.

TERCER VIAJE AL AFRICA.

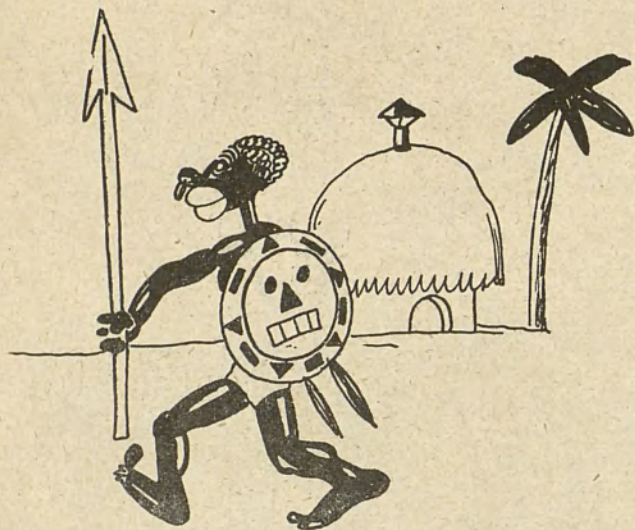
—Hay que ayudar un poco al Destino—se dijo Portifax—. Hay que hacer todo lo posible para encontrar salvajes antropófagos y cocodrilos y negras enamoradizas con las que poder escapar corriendo como contadores de gas.

Y Portifax se compró un "salakoff", un "thermos" y una red de cazar insectos.

Hecho lo cual se embarcó, y a los veintiocho días de navegación llegó al cabo al Cabo.

(Yo seguiría contándoos al menudeo las andanzas de Portifax; pero os lo juro: eso me destroza. Prefiero resumirlas en dos frases para acabar cuanto antes esta historia espantosa, que tiene un final más espantoso todavía...)

¡Catorce meses, señores! ¡Catorce meses se estuvo Portifax en este tercer viaje sacudiéndose la polaina por el



Se desnudó, se fabricó un escudo...

Africa Central, sin encontrar un solo salvaje, el menor asomo de tribu, la más insignificante partícula de cocodrilo!... Diréis que ello es inverosímil...

¡Inverosímil!

Encontráis inverosímil que en todo un continente un hombre pase catorce meses sin encontrar salvajes, ni cocodrilos, y, en cambio, os parece natural estaros vosotros media hora en la esquina sin encontrar un tranvía ni para un remedio... ¿Qué lógica es la vuestra?

Una tarde, Portifax oyó rumor de pasos tras de un grupo de palmeras, en los 143° de latitud y los 89° de longitud. Portifax se echó el rifle a la cara, apuntó y disparó. Un quejido; el ruido de un cuerpo muerto que se desploma.

Era un gato, un gato negro, de esos gatos corrientes; de esos gatos que se ven en las porterías de Madrid y que se llaman invariablemente *Ruiz de Alda*.

FINAL

Ya comprenderéis que no podía acabar bien una vida en la que existían tales tragedias. El final de Portifax fué horrible. Se desnudó, se fabricó un escudo, se pintó de negro, se puso unas plumas y se lanzó a la selva dando aullidos inarticulados.

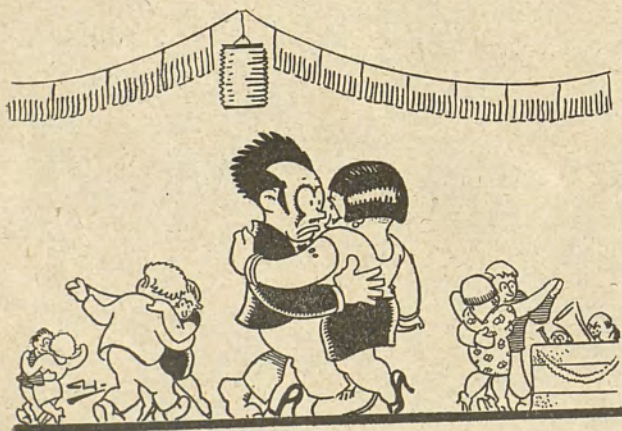
Y así lleva veinte años, haciendo el zulú.

Se ha comido varios exploradores blancos, y en algunos modernos libros etnográficos se habla extensamente de él.

Pero todavía no ha encontrado salvajes en el Africa Central.

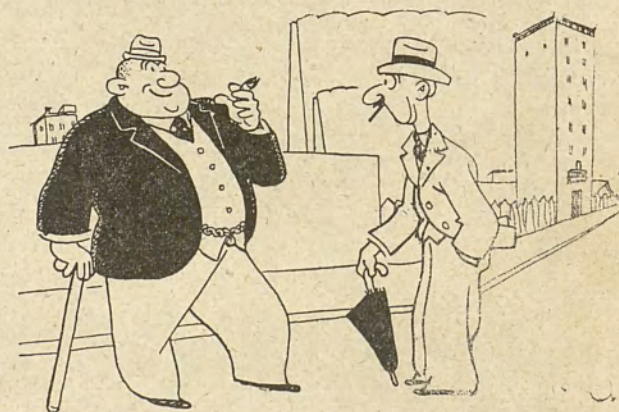
Por mi parte, yo creo que acabará haciendo alguna tontería.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



—Yo aprendí a bailar a los diez años.
—Así no es extraño que se le haya a usted olvidado ya.

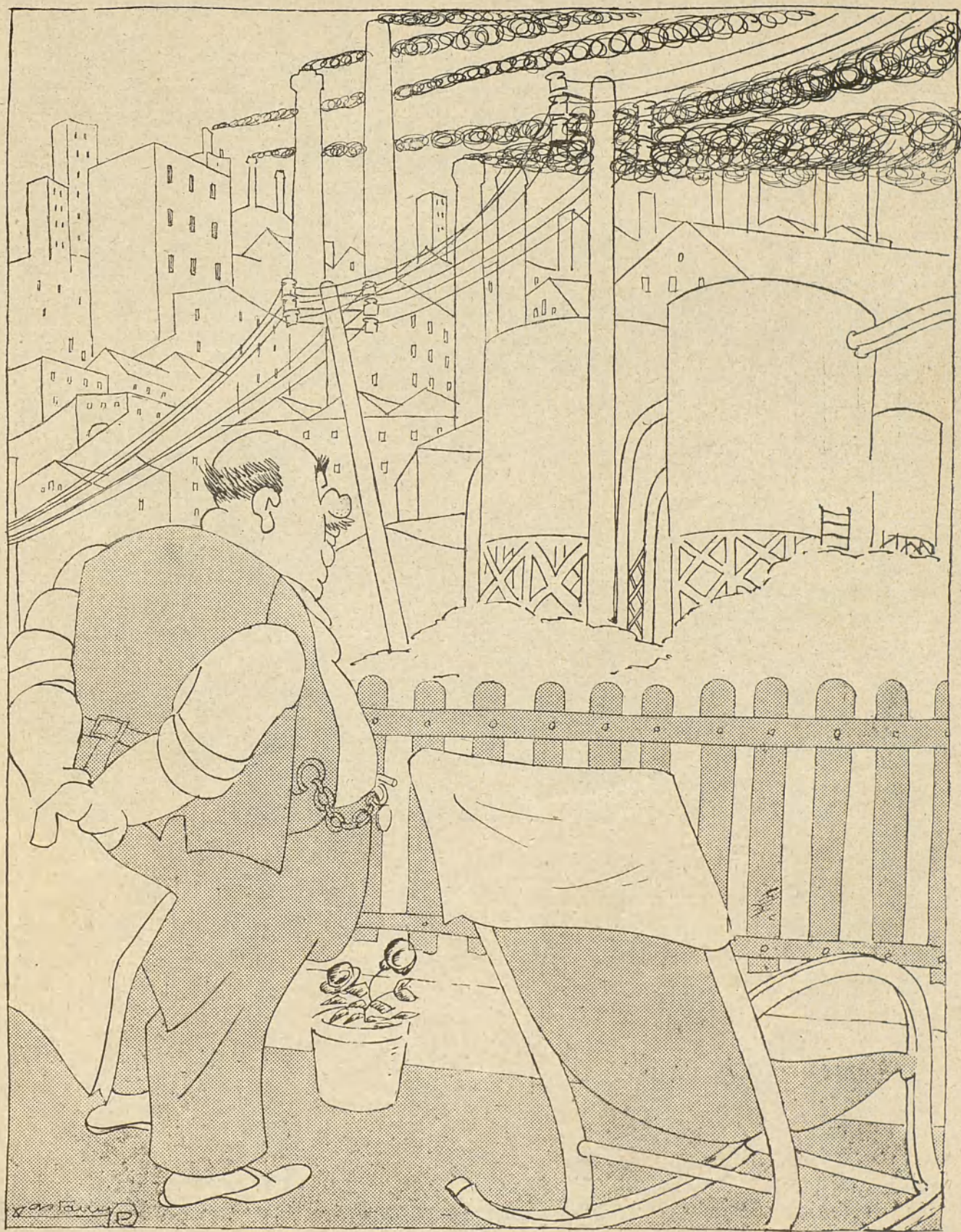
Dib. URDA.—Barcelona.



El del paraguas.—¡Caramba, don Prudencio! ¡Está usted ahora mucho más grueso que yo!
—¿Sí? ¿Quién se lo ha dicho a usted?

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.





—Yo no comprendo como hay quien puede pasar el verano sin salir de la ciudad.

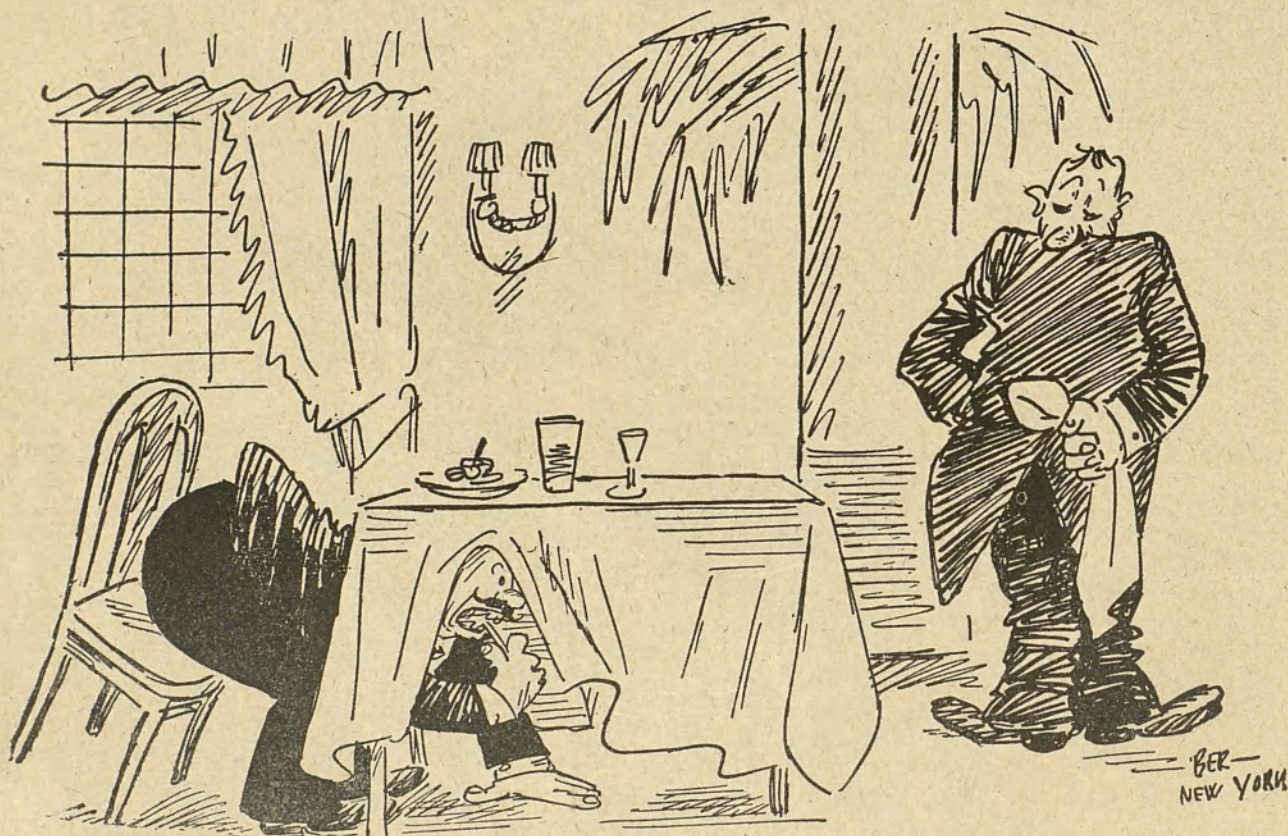
Dib. CASTANY.—Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSO

DEL

MES DE JULIO



El concurso que ofrecemos a nuestros lectores para el mes de julio es el siguiente: Nuestro ilustre colaborador el formidable sueco *Bergstrom*, nos envía desde Nueva York, donde reside actualmente, el mono que en esta página reproducimos. Por olvido del dibujante, el mono viene sin pie. El concurso, pues, consiste en dar un premio de

CIEN PESETAS

en billetes o metálico, al ingenioso lector de *Buen Humor* que nos remita la leyenda más graciosa y que más expresivamente le sirva la escena representada en el dibujo.

El plazo de admisión de soluciones terminará el día 31 de julio.

EL COBRADOR ARQUEÓLOGO

Sabrán ustedes, porque lo ha divulgado la Prensa, que un "culto tranviario" ha descubierto, en los terrenos de la Ciudad Universitaria, nada menos que otra ciudad, esta otra prehistórica.

Nosotros, en vista de eso, hemos cogido una perra de las gordas y otra de las chicas, lo necesario para tomar el tranvía donde presta sus servicios el aludido cobrador—porque el tranviario aludido es cobrador—, y nos hemos puesto al habla con el honorable y culto funcionario.

—Venimos—le hemos dicho—a rendir homenaje y pleitesía al culto tranviario.

—¡Na de cultos!...—ha dicho un albañil que viajaba en la plataforma.

—Permita usted, artista distinguido del ramo de construcción—le hemos replicado—; nosotros abundamos en su demagogia iconoclasta; pero tenemos que advertirle que no es esa, democráticorrepublicanosocialista, la fija del programa... Lo liberal fetén pregonar y establece la libertad de cultos.

—¡Prepotente!—exclama un argentino que acaba de subir y aporta el óbolo...

—Este funcionario cobrador es una prueba patente de la libertad de cultos: se ha culturado libremente y por sí solo hasta llegar a la honra del descubrimiento de ahora.

—Es usted, viejo, un autodidacto macanudo.

—Un tranviadidacto, por lo menos...

—Déjense de pavadas, che, y al grano... Tenga la bondad, cobrador, y denos pormenores; ¿se trata, efectivamente, de una ciudad prehistórica?

—De lo más prehistórica que cabe.

—¿Y la ha descubierto usted?

—Un servidor...

—Amos, ande...—exclama el albañil, que es también terraplenero—; la ha descubierto el proletario; la ha descubierto la brigá de excavadores..., porque sin brazos no hay na...

—Conformes, honorable proletario; pero "aquí" también ha hecho lo suyo con ver cuatro cacharros y decir al del volquete: "¡Para el carro! Hemos dao con el plioceno"... ¿Pliocene o miocene?

—Neolítico...

—Anda, Dios... Pero ¿es "neo"?... ¡Dita sí! To se vuelven neos en esta tierra...

—¡Cállese el pico, albañil—hemos vuelto a intervenir con sentido parlamentario—, que no es por ahí!... ¿Conque del neolítico, dice?

—Del mismo.



—No, señorita, no. Le dicto "amigo Carlomagno", y escribe usted "amigo Dagoberto"...

—¡Como usted me dijo el otro día que los nombres propios no tienen ortografía!

Dib. QUINCITO.—Madrid.

—Y de eso hará ya tiempo, ¿verdad usted?...

—Unos cuatro mil.

—¿Cuatro mil? ¿Cuatro mil qué?

—Pues años. ¿Qué ha de ser!...

—¿Años, cuatro mil?... ¿Y usted está enterado de lo que pasaba entonces?... ¡Amos, ande!...

—Pero cuidao que eres berzotas; ¿tú no lees la Prensa, por lo visto?

—La Prensa está vendida a los bur-gueses.

—Pero si es "El Liberal" el que lo dice.

—¿Lo dice "El Liberal"?...

—Dos mil quinientos años antes de "jota ce".

—¿De "jota ce"? ¿Qué año es ése?

—¡La incultura del pueblo, che!... ¡Qué rico tipo!

—¿Y qué había, cobrador, en esos años?

—Pues, hombre, unas cabañas, y unos cacharros, y unas lanzas y unas flechas...

—Y usted diga, cobrador: ¿cómo ha podido usted en este oficio aprender una ciencia tan difícil?...

—El viajar, caballero, ilustra mucho.

—Se ha dicho que había también botones de hueso, ¿es cierto?

—Se han encontrado unos cuantos, sí señor...

—Y eso ¿qué indica, a su juicio?

—La existencia de ojales.

—También dicen que había cerámica.

—Sí, sí...

—Pero, según dice un periódico, "estaba ya dividida en pequeños trozos". ¿Qué es eso? ¿Cómo dividían la cerámica en los tiempos prehistóricos?

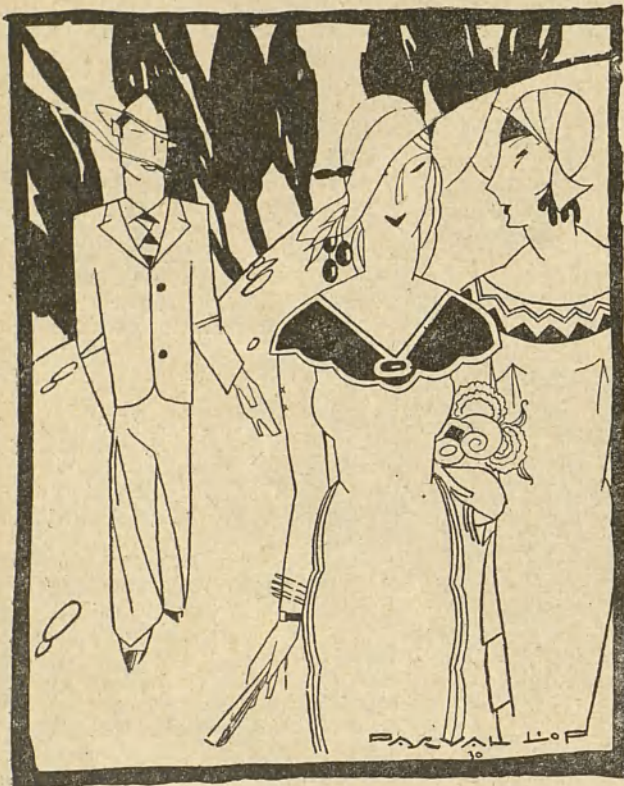
—El periodista ha querido decir que los cacharros encontrados están rotos.

—Ah, vamos, ya; comprendido... El periodista en cuestión será, según eso, de los que digan, después de una controversia conyugal, que se le ha dividido la vajilla... Entonces, bueno... Y diga, cobrador: ¿cómo ha podido usted, sirviendo en los tranvías, aprender una ciencia tan difícil?

—El viajar, caballero, ilustra mucho, y como yo viajo en el tranvía sus ocho horas diarias a diario...

—Eso es verdad; pero, vamos, a nosotros nos hubiera parecido natural que usted supiera mucho de otra clase de ciencias, pero ¿de ésa!...

—No lo ha pensado usted bien... Esa es una ciudad que pertenece a la edad llamada del cobre, y ¡usted calcule si yo, después de estar quince años en plena recaudación de calderilla, no voy a entender de cuprost!



—¡No me hables mal de mi novio, porque es mi ojo derecho!

—¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que te veo tuerta!

Dib. PASCUAL.—Valencia.



—¿Qué, te gustó la obra?

—Sí, pero la encuentro inverosímil; fíjate que del segundo al tercer acto pasan tres años, y todavía tienen la misma criada.

Dib. PONITO.—Jerez.

—Eso sí... Pues tiene usted razón.

—Pero oiga, cobrador, una cosa que a nosotros nos intriga: ¿nos quiere usted explicar por qué demonios estaban las ciudades antiguas bajo tierra?... ¿Cómo podían echar la tierra encima sin que aquello perdiera su forma y se quedara tan tranquilo y como estaba, preparado perfectamente para que pudieran después los arqueólogos encontrárselo tal cual, todo en su lugar y en su punto.

—En la prehistoria, señor, llovía tierra y no agua.

—Eso ¿es histórico?

—No; eso es prehistórico.

—¡Ah, ya!

—Y en la prehistoria, a veces, la tierra estaba tan blanda, que se hundían las ciudades.

—Y en esta ciudad de aquí, ¿qué ocurrió, a su parecer: lo primero o lo segundo?

—En ésta ocurrió lo segundo... Este debía de ser un terreno pantano-

so; lo indica el nombre del lugar, llamado "Cantarranas", y que está diciendo a las claras su constitución charcosa y pantanuda; y lo está indicando, asimismo, el nombre de Moncloa, que viene de Monte-cloa, o bien de Monte-cloaca. Nadie ignora que son estos parajes el vertedero de Madrid... También entonces lo eran.

—Pero ¿cómo que también? ¿Pero había Madrid en aquel tiempo?

—¡Pues no había de haber!...

—Pero, tranviario, ¡por Dios!... ¡Que existía ya Madrid en la prehistoria!

—¡Ya lo creo!... Tiren Madrid y excaven, y verán... Debajo de este Madrid está el otro, el prehistórico.

—Pero ¿en qué se funda usted?... ¿De dónde saca usted eso? ¿Cómo nos demuestra usted que es cierto lo que dice?

—No se puede demostrar—nos contestó—, porque se trata de un hecho prehistórico, señor... La historia se estudia en la Historia; pero la prehistoria, señor, ¿cómo quiere usted hallarla en los libros de Historia?...

¡Oh, no, señor! Eso es anterior a la historia... Eso lo sabemos muy pocos... El señor Obermaier, por ejemplo; el señor Pérez Barradas y algún tranviario que otro...

—Entonces, a lo mejor, puede que debajo de ésta se encuentre ya construída la Ciudad Universitaria de aquel tiempo...

—Ténganlo ustedes por seguro... Se construyó hace mil años; pero el partido popular exigió responsabilidades, por entonces, y después de mucho discutir, se echó tierra encima.

—Ahora sí que nos parece, cobrador, que ha puesto usted el dedo en la llaga... Esa debe de ser la razón de que haya tantas ciudades enterradas.

—¡Ah, por supuesto!... Pues ¡claro!... Siempre que la civilización llega a un grado..., hay que echar tierra.

—¡Acabáramos!...

—Yo, que soy cobrador, estoy al tanto...

MANUEL ABRIL

LA DEL ALBA SERIA...

(Conversación seria)

—Pa mí que don Santiago sí claudica.

—Pa mí, Alba, en este instante terrorífico, está, cual si dijéramos, en inconsciente inopia del espíritu.

—Rosendo, hazme el honor de ser más claro, *vulgo llano u esplicito*.

Servidor no está fuerte en *Jometría*.

—Pus es lo que yo digo:

¿No están bien definidos los concetos?

¿No hay hombres de criterio claro y límpido?

¿No han dicho ya las masas lo que anhelan?

¿No hemos ya perorao a voz en grito

en mítines de gente bien vestida

un porción de patriotas de algún viso

que honramos a Madriz con los productos

del ingenio, por toos reconocido?

—Hablas, como *Salmón*.

—¡Anda mi agüelo!

Tú, que tiés el honor de ser mi amigo,

¿lo iznorabas hasta hoy?

—No digo eso.

Es que me ratifico

en mi opinión. ¡Rosendo, eres un hombre elocuente, *perclaro* y hasta ínclito!

—¡Pues por eso, morral, hoy me lamento

del *lestargo* en que toos están sumidos,

olvidando deberes disgregantes

que impone el más *cospicuo* patriotismo!

Hace poco que vi en el Ateneo

un dozor con hechuras... ¡y dormido!

—*Reventador* u albista, de seguro.

—¡No me toques a Alba o te *elestrizo*!

—¿Pero tú tiés criterio u estás duermes?

—Es que ese caballero...

—¡No permito

que se invoquen recuerdos de familia!

Porque hayas tú tenido

algún trato con uno de sus fámulos

no hay *óbice* pa ser de su partido.

¡Alba está ya de alpaca!

—¡Como sigas así, te *chichonizo*!...

Yo defiendo las *auras* refrescantes

de libertaz que todos han bebido

e invito a los *pronombres* a *liarse*

con los del otro lao de un modo lícito,

a la par que ovaciono a mis colegas

si a la *conjugación van decididos*,

como Lerroux con ansia vocifera

aunque sólo le escuchan cuatro *minimos*.

Pero meter a Alba en el asunto,

¡empápate muy bien!, te lo prohíbo.

¡¡Se trata de un amigo, de un hermano

de un pariente lejano, de un amigo

de mi tía segunda, y la familia

se debe respetar!!!... ¿Me expreso?

—¡Digo!

¡Choca, conservador!

—¡Y que lo digas!

¡De conservas vivió un pariente mio

que me ha dao muchas *latas* en la vida!

—¿Discursos?

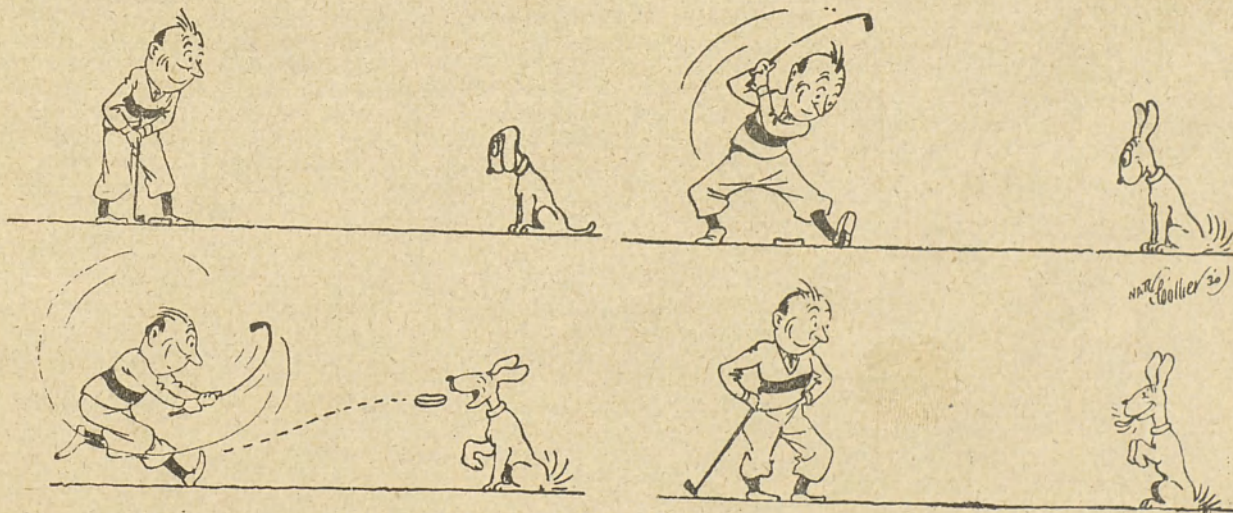
—No. ¡Pimientos!

—¡Adiós, frígido!

¡Con hombres como tú, ya tiene España

bastante pá aliviarse! ¡¡Eres de alivio!!

NÉSTOR O. LOPE



El campeón de golf dando de comer a su perro.

(De The Passing Show.)

DEL BUEN HUMOR



CUENTOS JUDIOS

Durante la guerra ruso-japonesa, después de un ataque infructuoso, se da la orden de retirada. Los soldados rusos huyen, perseguidos por los japoneses. Llega un momento en que se detienen para descansar. Un oficial observa con sorpresa que un soldado judío lleva la coraza, no sobre el pecho, sino a la espalda.

—¿Qué quiere decir eso?—pregunta, dirigiéndose al soldado—. ¿Lleva usted la coraza a la espalda?

—Es que ya sabía que íbamos a retroceder—responde el soldado.

Schloimé ve de lejos a su amigo Iossel, que anda con mucho trabajo. Se acerca a él y le pregunta por su salud:

—¿Qué te pasa, Iossel? Pareces enfermo; cojeas. ¿Qué tienes?

—¿Que qué tengo? ¡Ah, Schloimé, si pudieran reventar los que me han dejado en este estado! ¡Qué alegría tendría!

—Cuéntame lo que te ha sucedido. Ven y siéntate en este banco.

—Te lo voy a contar, Iossel. Pasaba hace un momento por la calle, cuando de repente dos malditos gendarmes me piden el pasaporte. Se lo enseño. ¿Y sabes lo que me han dicho? Que yo no soy Iossel Lourié, sino Avrom Schneidermann. Y acto seguido empiezan a darme patadas y puñetazos, y después me llevan a la Comisaría.

—¿Se han atrevido a hacer eso? ¡Ah, qué canallas! ¿Para qué sirven las leyes? ¿Ignoran acaso que no tienen derecho a pegar a nadie? ¡Así se partan los huesos! ¿Y qué ha dicho el comisario de Policía?

—¿Que qué ha dicho?

—Sin duda te habrá interrogado.

—No, no me ha interrogado. Se ha contentado con escuchar lo que le decían los gendarmes.

—Pero ¿cómo cumple entonces la ley ese maldito cristiano?

—No lo sé. Lo único que sé es que se ha limitado a decir: "Cincuenta", y que los dos salvajes me han desnudado y me han dado cincuenta latigazos en la espalda y en los riñones. Por eso siento este dolor tan horrible.

—¿Qué miserables! No tenían derecho a obrar así. La ley lo prohíbe. Vamos a protestar contra ese acto ilegal! ¡Vamos!

—¿Adónde?

—A la Comisaría.

—¡Ah, lo que es eso, no! Vete tú solo.

—Debes acompañarme tú. Entraré yo solo a protestar contra esa violación de la ley.

Se marchan. Al llegar a la puerta de la Comisaría, Iossel se niega a entrar.

—Anda tú solo. Yo te espero aquí.

Entra Schloimé, y pregunta por el comisario. Y en presencia de éste eleva una protesta indignada contra las

brutalidades de que ha sido víctima Iossel.

—¿Has acabado ya, judío?

Y el comisario, sin esperar la respuesta, se limita a decir:

—Cien.

Los dos gendarmes que han llevado a Schloimé a presencia del comisario, lo desnudan y le administran cien latigazos. El pobre hombre se dobla, sufriendo atrocemente.

—No te quepa duda, Iossel—dice después—. Podrán decir lo que les dé la gana, pero te aseguro que no saben una palabra de leyes.

Dos comerciantes disputan. El uno pretende que el otro le ha vendido aceitunas podridas. Este último lo niega enérgicamente. Agotadas las injurias, deciden ir a que el rabino arregle el asunto.

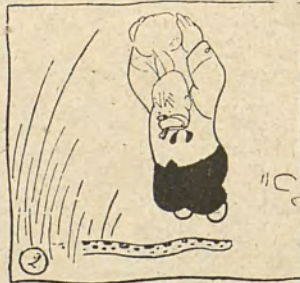
—Acepto—dice el rabino—. Pero ¿cómo queréis que sepa si las aceitunas son buenas o no? Enseñádmelas.

Los dos comerciantes se marchan, y vuelven a poco con un tonel de aceitunas en un carro. Suben, con no poco trabajo, el tonel a casa del rabino. Lo desclavan.

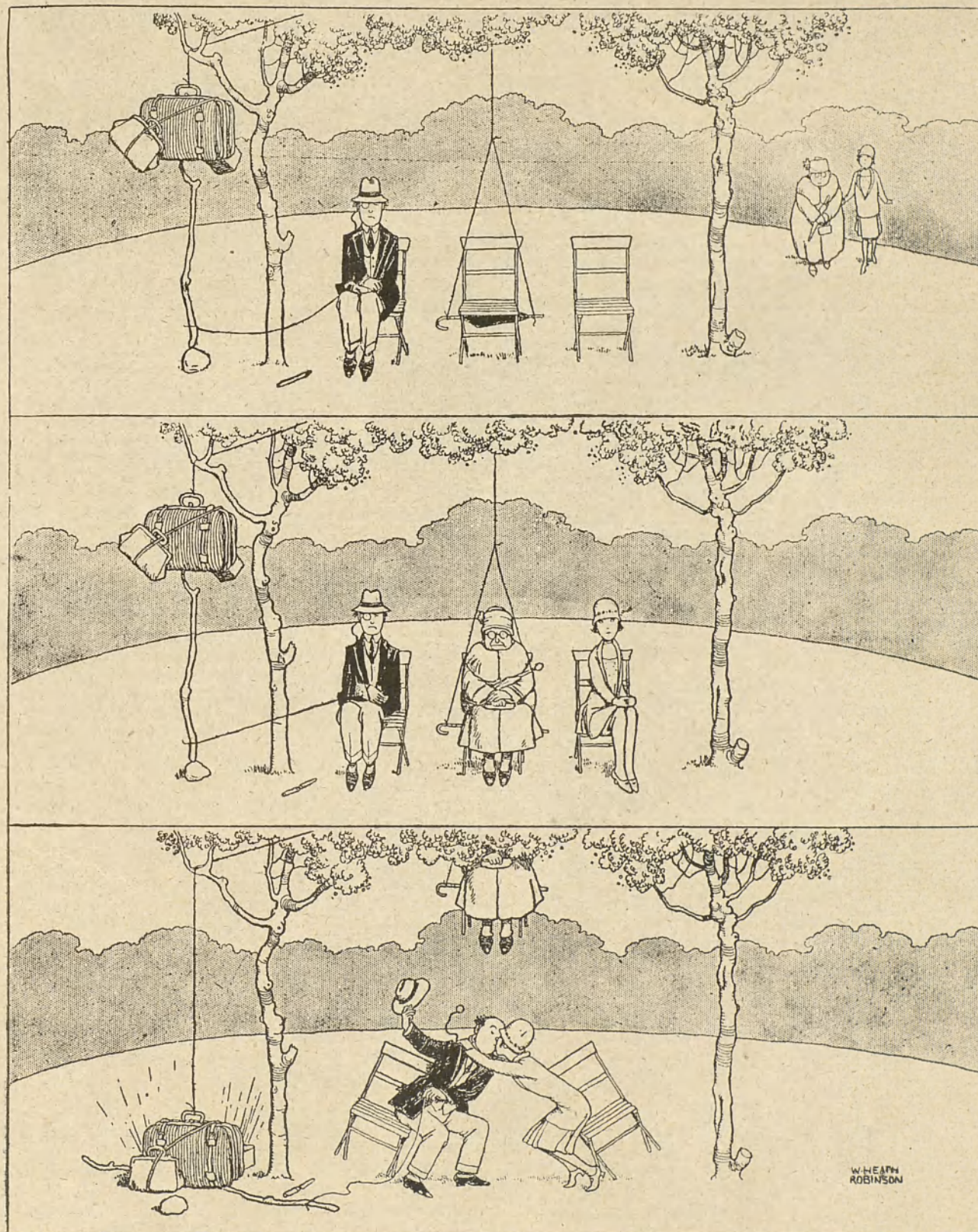
—Vamos a ver—dice el rabino.

Se sube una manga, hunde la mano en el tonel y saca un puñado de aceitunas, que empieza a examinar:

—¡Que el diablo me lleve si entiendo una palabra de aceitunas!



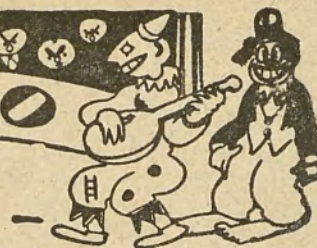
EL HOMBRE POCO PREVISOR



MANERA DE DESPRENDERSE DE LA CARABINA

(De The Humorist.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente supón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en un aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".
Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.
Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.
¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

—¡Camarero! He encontrado entre la sopa un botón de pantalón.

—¿Qué creía el señor, que iba a encontrar el pantalón entero en un cubierto de dos pesetas?

El licenciado San Román.

ALBERTO

Pulseras de pedida.
7, CARRETAS, 7

Muy lógico:

—Caballero, esta carta pesa demasiado; tendrá que ponerle otro sello.

El remitente. — Pues si le pongo otro sello va a pesar más.

Pinfano (Melilla).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—Vengo a rogarte que me sirvas de padrino.
—¡Cómo! ¿Qué me dices! ¿Te vuelves a casar?
—No; es que me bato.
—¡Caramba, qué susto me habías dado!
Claveles Dobles (Bóo).

Entre andaluces:

Pepito Oliva Delgado, buen andaluz y embustero, se encontraba en un colmado presumiendo por entero. Le preguntó Moratilla, otro andaluz muy gracioso, entusiasta del montilla por lo suave y oloroso:

—¿Conoces er nasimiento der río Guadarquiví?

—Ezo yo jamás lo vi, pero fué cuestión de tiempo. Aunque yo fuí más castizo; llegué tarde ar nasimiento, me entretuve, no te miento, pero estuve en er bautiso.

León Cembrano (Madrid).

Entre marido y mujer:

—Juan, se acaba de caer el reloj del comedor, y si lo hace un momento antes aplasta a mi pobre mamá.

—Siempre he dicho yo que ese reloj retrasaba.

Espátula (Suances).

Parte de un folletín:

"... y el hijo de la marquesa de Peña Baja ingresó en un asilo porque "así lo" disponía su madre."

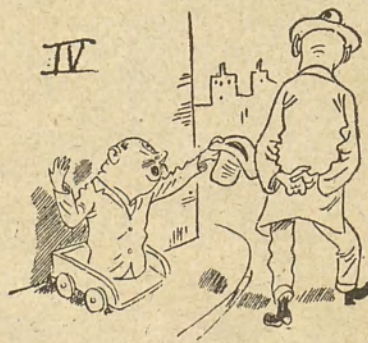
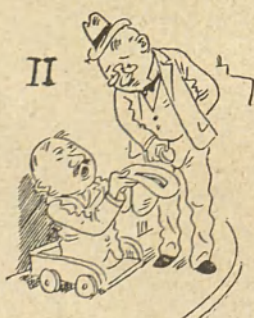
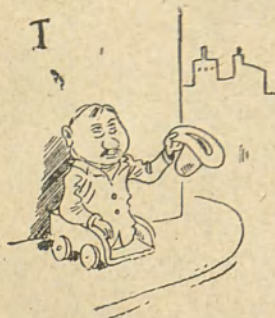
Juan Herrero.

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.



EL PORDIOSERO

CUPON

correspondiente al núm. 450 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

Entre estudiantes:

—Oye, chico; te encuentro más gordo que antes. ¿Te has mudado de hospedaje?

—¡Qué va, hombre! Es que ahora tengo una novia cocinera.

Carmen Hurtado.

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS
ECONÓMICOS, CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO

RAMÓN ROMERO

Fuencarral, 68 :: MADRID

Los tiempos cambian:

—Estoy de acuerdo con usted, don Saturnino. No cabe duda que el idioma va reformándose.

—Antiguamente decíamos el garrotillo y ahora dicen la difteria. Antes decíamos también el "dengue" a lo que hoy llaman la gripe.

—Sí, señor. En nuestros tiempos se decía "imbécil" y ahora emplean la palabra "vanguardista".

El carbonero (Madrid).

El corredor (asombrado).—¿Pero cómo? Esto debe ser una equivocación. A mí, que he llegado el último, me dan

doble premio que a mis compañeros, habiendo llegado ellos el que menos con una diferencia de cinco horas antes que yo.

El jurado.—Sí, el premio es para usted, pero con la condición de que no vuelva a correr en ninguna carrera que yo haga de jurado, pues me estaban esperando para comer, y por aguardar a que usted entrase en la meta me parece que no voy a llegar ni a cenar siquiera.

Celestino Calle Pérez
(Madrid).

Ante el juez de paz.

—Bueno, pero ¿qué ha sido ello?

—Ná, señor juez. Que por darle en la cabeza l'he llevao la contra.

—Pero hoy ¿qué ha pasado?

—Pos que l'he llamao badana na más que por darle en la cabeza.

—¿Y con esas cosas cree usted que le hace daño?

—Es que l'he dao en la cabeza con una estaca.

Esteban Granullaque
(Toledo).

En una sastrería:

Un caballero se prueba unos pantalones que le sientan tan sumamente anchos, que al momento de dejar de sujetárselos en la cintura descienden rápidamente al suelo. Recógelos del ídem y vuelve a colocárselos, pero inútilmente, pues dejar de sujetárselos y desaparecer los pantalones es todo uno. Un botones le dice:

—Me dice el maestro que qué tal le caen a usted los pantalones.

—Pues dile — responde el caballero — que, aunque no de una manera vertiginosa,

no creo que tenga tiempo de vérmelos puestos.

K. Melitos (Castellón de la Plana).

En el Juzgado:

—¿Por qué mató usted a su mujer dándole dos puñaladas en el corazón?

—Porque siempre decía que lo tenía lleno de penas.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que... como dicen que "A las penas, puñaladas"...

Juan Bautista Oché.

—¿Por qué mientras tu compañero te lee la carta le tapas los oídos?

—Para que no se entere de lo que me dicen en ella.

Tercos (Palencia).

Dice el papá a su niño:

—¿Sabes lo que quiere decir superior e inferior?

—No, papaito.

—Mira, niño. ¿Ves aquellas dos muchachas?

—Sí, papaito.

—Bueno; una es alta, la otra es más bajita. ¿Sabes cuál es la superior?

—Papaito, para mí, las dos son superiores.

Manuel Manzano Fernández
(Cádiz).

Ella.—Alguien me ha dicho que los besos son el lenguaje del amor.

El.—¿De veras? Conversemos entonces.

Carlos de León.

El dueño de la casa.—¿Qué hace usted ahí?—pregunta a un hombre a quien ve escondido debajo de su cama.

El ladrón.—¡Hombre! ¿No le da vergüenza, a la edad que tiene, mirar debajo de la cama antes de acostarse?

Benjamín López (Madrid).

En la playa:

—¿Cómo se parece aquella ola a una carabina!

—¿Cuál?

—La tercer-ola.

Jesús González (Valladolid).

—Pues sí, señor; yo he cantado delante de muchos reyes.

—¿Cómo ha sido eso?

—En la plaza de Oriente.

K K - U - E T.

CANA

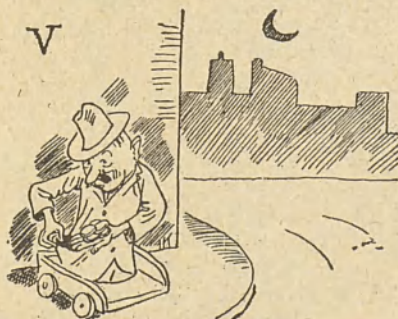


INVENTO MARAVILLOSO

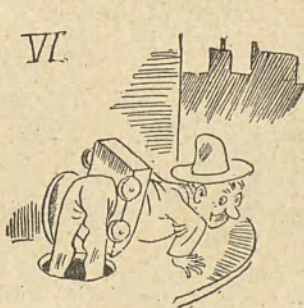
Para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los 15 días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad. No mancha ni la piel ni la ropa. La caspa desaparece rápidamente. Ojo con las imitaciones y falsificaciones.

De venta en todas partes

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA



INGENIOSO



(De H. Travaso delle idee.)

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

Quico (Valencia).—No nos ha gustado nada "La paella". Mándenos otro plato a ver...

Jenofonte (Madrid).
Respetable Jenofonte:
a ir a "Cestona" disponte.

Abogado (León).—Se publicará lo suyo, y alégrese usted, porque casi estamos por jurarle que no merecía tanto honor.

Alberca (Alicante).—No sirve ni lo uno ni lo otro.

Literatos humorísticos, prosistas eminentes, vates de arrebatado estro, cronistas incomprendidos y demás caballeros que no han acertado esta vez; y títulos de los hijos de sus inspiradas entra-

Para camisas a la medida

Madrid-Viena
M. PEÑA

Montera, 41.—Tel. 16662

ñas que han sido precipitados por nosotros en la fría y mortal papelera de mimbre indicada para el caso.—Hijos y padres forman la colosal lista siguiente:

¡¡Oh, bella Naturaleza!!! (por J. M. y E. B., de Vitoria); *Visión de Madrid en Cuarema* (por R. Z. A., de Madrid); *Alma jonda* (por Jeremías, de Huelva); *No es lo mismo predicar...* (por J. P., de Madrid); *La "señá" Manuela, la ex carabinera* (por J. R. B., de Barcelona); *La novela terrible* (por J. L. T., de Madrid); *Fueron a visitar a pie la Exposición de paños menores de Salamanca el matrimonio De la Isla con sus siete hijos lícitos y dos bastardos* (por S. A. P., de El Escorial); *El matrimonio, el Metro y yo* (por Jerónimo Ruiz, de Madrid); *El reloj del tío Pedro* (por S. Dasí, de Valencia); *El incendio y Las guitarras* (por F. M. G., de Madrid); *Crítica, El incomprendido y Una*

apuesta (por S. J. B., de Tán-ger); *La cantilena del día* (por Ordisy, de Buenos Aires); *Cosas nuestras* (por J. E. F., de Barcelona); *Una razón de peso* (por Tranquilo, de Zaragoza); *Horrible visión* (por G. M. C., de Sevilla); *Prodigios del hambre, Esmero de limpieza y Sexteto* (por K. Cique, de Vitoria); *El loro humano y su posible psicosis y Miedo* (por A. A. y M., de población que no consta en las cuartillas); *Inmoral que moraliza* (por A. R. G., de Méjico); *Barrera y Cagancho tolean en Marte* (por J. R. B., de lugar ignorado); *Ecós de "suciedad"* (por A. L., también de localidad misteriosa); *Antropofagia* (por Otrebla, igualmente de ciudad que no hemos logrado averiguar); *Un sucedido, así de grande, en Cuprania* (por Menelado, de punto asimismo incognoscible); y, para final, *En un pueblecito español, Lo que hice ayer, Mis aficiones, La maldita timidez, Después de muerto y Verídico* (por Agup, caballero que tampoco sabemos dónde nacies mora).

N. H. T. Igualada.

El veraneo en Gerona, desde el miércoles pasado, aquí lo hemos transformado en veraneo en Cestona.

B. C. A. (Gijón).—Los dibujos de su amigo pueden pasar; pero, por desgracia, los de usted no hay manera de que pasen, aunque tire usted la puerta a hachazos formidables.

Donoso Cortés (Cádiz).—Su seudónimo es Donoso Cortés, pero su carta es de lo menos cortés y su artículo de lo menos donoso que ha caído en nuestras pecadoras manos y en nuestro inocentísimo cesto.

E. L. (Madrid).—Versificada con muy elegante soltura, su *Filoxera triste* es, sin embargo, mucho más triste de lo que estimamos pertinente para nuestras populares páginas.

El duende verde (Barcelona).—Es una cosa muy escasa, y menos transcendental que el suspiro de un ama de cría.

M. M. P. (Granada).

El hombre que vió... y murió que hace tiempo nos mandó, ¡ay!, se nos traspapeló. Pero, al final, pareció y, ¡ay de mí!, no nos gustó.

P. M. R. (Huesca).—¡Caray,

amigo! ¿Pero no ha notado usted qué mal huele?

E. S. V. (Madrid).

Con permiso del fiscal es una idiotez bestial. Y sin permiso también, ¡para qué nos vamos á engañar!

Villodas. Vigo.

Las cuartillas de Villodas, llenas de sonetos y odas, (unos hablando de bodas y otros cantando a las mo-
[das], son bastante malas todas.

E. S. y S. (Madrid).

Esa *Novia facturada* no puede ser publicada.

R. F. C. (Córdoba).—No sirve eso. Se parece mucho a muchas cosas que aquí hacemos desde tiempo brutalmente inmemorial.

Zenón de Guillarte.—Esas *visperas electorales*, en estos momentos en que todavía no se ven las elecciones por ninguna parte, nos hacen el efecto de la mención de la horrible sogá en el domicilio del infeliz ahorcado.

J. B. Madrid.—Sí, señor; nos hemos fijado en que tiene usted las mismas iniciales que Juan Belmonte; pero en el humorismo es usted un maleta. Y dispense el aviso. Son amarguras que tiene la cochina existencia.

R. A. (Chamartín).—No lo consideramos todo lo interesante que es menester para intrigar a nuestro exigente público.

Ricarda. (Cartagena).

¡Usted se firma Ricarda, aunque se llama Ricardo! ¡Pero sus versos *Al bardo* debían llamarse al-barda! Que es lo que a ellos (y a usted) les sentaría mejor.



Ella.—En mi familia todos somos románticos. Mi hermana murió de amor.

El.—¿De amor?

Ella.—Sí; su novio la pegó un tiro.

(De The Passing Show.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid.

BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid

—¡Caramba! ¡Otra vez me he equivocado de abrigo!